

**I CONGRESO de la CATEDRA DE PSICOLOGIA DE LA TERCER EDAD Y VEJEZ "ENVEJECIMIENTO Y VIDA COTIDIANA" 2010**

**Ponencia: "Mujeres y varones envejeciendo"**

**Autora: Lic. Irene Meler**

*Coordinadora del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA)*

*Directora del Curso Universitario de Actualización en Psicoanálisis y Género (APBA y Universidad John F. Kennedy)*

*Coordinadora docente del Diplomado Interdisciplinario en Estudios de Género (UCES)*

*Dirección postal: República Árabe Siria 2763 10° "A" (1425) CABA*

*Telefax: 4804-4902*

*Email: [iremeler@fibertel.com.ar](mailto:iremeler@fibertel.com.ar)*

**Mujeres y varones envejeciendo**

**Resumen**

La socialización de género favorece tendencias subjetivas diferenciadas entre varones y mujeres, que durante el proceso de envejecimiento contribuyen a generar modalidades específicas de malestar cultural.

Al envejecer se elaboran duelos, pero también se obtienen logros y aprendizajes evolutivos. En el ámbito sexual, las mujeres son más vulnerables ante la pérdida del atractivo juvenil, y los varones padecen la claudicación de la potencia eréctil. La dominancia social masculina favorece las uniones intergeneracionales de pareja, relacionadas con el auge del divorcio y del ensamblaje familiar.

Las mujeres mayores son más vulnerables ante las carencias económicas, por su escasa inserción en el mercado y la menor esperanza de vida de sus compañeros. Los varones, que construyen su identidad sobre el eje del trabajo, padecen más el retiro.

Las mujeres retiradas del trabajo extra doméstico enfatizan sus roles tradicionales de madres y abuelas, mientras que los hombres mayores no han

desarrollado aptitudes e intereses vinculares para un ejercicio satisfactorio de la abuelidad.

Las redes sociales entre mujeres están más desarrolladas, mientras que los varones, ante la viudez, tienden a establecer una nueva unión, a la cual demandan menos en cuanto a la afinidad personal. A la vez, las nuevas modalidades sociales de transitar la soledad resultan más frecuentes entre las mujeres.

La desgenerización que se produce en la vejez, favorece nuevos contratos conyugales.

La desinversión gradual del sí mismo y la integración en una categoría colectiva, el “nosotros”, es un logro evolutivo de la tercera y cuarta edad.

### ***Palabras clave***

Género – vejez – sexualidad –auto conservación -malestar cultural- abuelidad.

#### *1-) Género y subjetividad*

La situación social y subjetiva de varones y mujeres, si bien tiene en común muchos aspectos que hacen a la condición humana, varía en función de la diferencia sexual anatómica y de su interpretación cultural. El género, en tanto es producto del sentido que los colectivos humanos atribuyen a las diferencias sexuales, constituye modalidades diversas de inserción social y de construcción psíquica para mujeres y varones. Semejantes en muchos aspectos, el moldeamiento subjetivo que se produce durante la socialización primaria de género, establece tendencias disímiles en la modalidad de construcción subjetiva, en el desarrollo de conflictos y defensas ante los mismos, en los estilos de respuesta ante los desafíos de la existencia, y también en los modos de sufrir, de enfermar y de curar.

Las sociedades humanas conocidas han manifestado una fuerte tendencia hacia el establecimiento de jerarquías. Las diferencias individuales de fuerza, tamaño, habilidades o recursos, han dado lugar a una estratificación social, variable según los tiempos y lugares, pero siempre presente. La primera estratificación jerárquica ha sido construida sobre la base de la diferencia

sexual, estableciéndose así la dominación social masculina (Bourdieu, P.; 1998).

Los estudios sobre la subjetividad han permanecido por mucho tiempo prisioneros de un paradigma biologista y endogenista, donde se consideró que las tendencias diferenciales que se observan entre varones y mujeres, y que afectan a todos los aspectos de su personalidad, derivan de sus características biológicas, o sea de la diferencia anatómica entre los sexos.

Los estudios interdisciplinarios de género ofrecen una perspectiva alternativa, ya que nos permiten comprender que la respuesta de los semejantes ante la percepción del sexo de un infante, difiere de modo significativo según se trate de una niña o de un varón. John Money (1955) describió un proceso denominado “asignación de género”, donde la rotulación o nominación de un sujeto como varón o como mujer, promovía el despliegue por parte de los padres o cuidadores, de proyectos identificatorios específicos para cada uno de ellos. Estos proyectos se vinculan con las representaciones y valores colectivos acerca de la feminidad y de la masculinidad, -que no son más que lo que se piensa y se dice en un sector y en una época-, cuya relatividad no impide que tengan una extraordinaria eficacia plasmadora del psiquismo.

Si articulamos un enfoque psicoanalítico con la perspectiva de género, veremos que los destinos de pulsión son diversos entre varones y mujeres. Mientras los varones tienden a buscar la satisfacción pulsional directa de sus deseos sexuales y hostiles, o, en su defecto, emplean esa energía psíquica en la construcción de logros sublimatorios, las mujeres han sido socializadas para inhibir el deseo erótico en aras de la respetabilidad social, y también para inhibir las manifestaciones hostiles en función de su dependencia económica y emocional y de la consiguiente necesidad de agradar.

Desde una perspectiva epidemiológica, se ha registrado una notable prevalencia de estados depresivos entre las mujeres, asociados entre otros motivos con la vuelta de la hostilidad contra sí mismas, así como de neurosis de la serie histérica, ya se trate de agorafobias o de histerias conversivas, vinculadas con la represión de la sexualidad. Las mujeres más modernizadas suelen presentar caracteres fálico- narcisistas, con lo que buscan asemejarse al ideal cultural que prevalece en la actualidad, que se ha construido sobre un modelo masculino.

Los varones por su parte, presentan mayor abundancia de manifestaciones perversas (Freud, 1908), de actuaciones impulsivas perjudiciales para terceros, de sentimientos persecutorios y actitudes querellantes, y de tendencias hacia el control obsesivo de sus afectos cercanos (Meler, I.; 2007). Esto se vincula con el poder que han detentado como integrantes del género dominante, y con la lucha entre varones para ser reconocidos en los estamentos más prestigiosos de su género. Las enfermedades médicas deterioran sus cuerpos de modo más lesivo para su salud, y esto se ha relacionado con la sofocación de las manifestaciones emocionales en función de la prioridad asignada a los logros, y con un déficit para comunicar y expresar afectos conflictivos asociada con una orientación hacia la actividad en el mundo exterior, con escasa introspección.

## *II-) Género y envejecimiento*

Estas tendencias generales adquieren características específicas durante el proceso de envejecimiento. Si bien la vejez es un proceso biológico al que todos estamos sujetos, los sentidos que adquiere varían a lo largo del tiempo y al interior de cada universo cultural.

En muchas sociedades ágrafas, cuyos ritmos de cambio eran lentos, el saber acumulado por los ancianos era un reservorio de experiencia colectiva muy apreciado. En esos contextos, el paso de los años, si bien disminuía las aptitudes físicas, compensaba a los sujetos envejecientes con un incremento del reconocimiento social. Aún en el caso de las mujeres, que ocupaban un estatuto subordinado, una vez agotada su capacidad reproductiva se les reconocía un mayor poder y consideración, con lo cual su condición social y subjetiva mejoraba (Lerner, G.; 1990).

Muy distinta es la situación de los adultos mayores en la cultura contemporánea. El desarrollo tecnológico y la promoción del consumo, han promovido una idealización de la adolescencia, período vital en el que todos intentan permanecer el mayor tiempo posible. Se aspira a lo óptimo, y existe el deseo omnipotente de conjugar la frescura juvenil, ya sea genuina o esté reconstruida mediante las tecnologías médicas, con la acumulación de conocimientos o de recursos.

En este contexto, los mayores son objeto de discriminación. Butler (1969) ha acuñado el término “ageism”, traducido por Salvarezza (1998) como “viejismo”, para referirse a la discriminación realizada sobre la base de la edad.

Sin embargo, aún en ese contexto adverso para los mayores, la situación de mujeres y varones es diferente.

### *III-) Vulnerabilidades diferenciadas*

En términos generales, las mujeres son más vulnerables ante la pérdida o deterioro del atractivo sexual juvenil. La capacidad masculina para suscitar deseo no se basa de modo exclusivo en el aspecto físico o en la potencia sexual. La acumulación de recursos o de prestigio, más accesible para quienes se han especializado como trabajadores en el ámbito público, puede eventualmente compensar una imagen física que ya se ha alejado del ideal adolescente. Los años aportan poder a los hombres, y el poder resulta sexualmente atractivo para las mujeres, subjetivadas en un contexto donde tradicionalmente han adquirido su estatuto social a través de la alianza conyugal, y solo recientemente han comenzado a construir una posición sobre la base de sus logros personales. Es por ese motivo que se observa con mayor frecuencia la constitución de parejas donde existe una diferencia apreciable de edad, siendo el varón mucho mayor que su compañera. Esta tendencia se ha visto reforzada al interior de las nuevas formas de familiarización.

Las uniones de hecho, así como los divorcios y el establecimiento de nuevas relaciones, han sido percibidos como posibilidades liberadoras para que la afinidad erótica y emocional entre mujeres y varones pudiera expresarse de modo legítimo. Sin embargo, los varones divorciados suelen elegir como compañeras a mujeres solteras, y aún en el caso de que ellas también estén divorciadas, suelen ser menores en edad. Si en los primeros matrimonios la diferencia habitual entre los cónyuges ha sido de tres años, en las segundas uniones puede ascender a diez o quince años.

Este régimen erótico se ha instalado con consenso femenino, en tanto se sustentó en una cierta explotación de los resabios edípicos no tramitados por las mujeres, y que son legitimados por el imaginario que prevalece en la actualidad. A esto se suma el hecho de que la masculinidad social atraviesa hoy por una de sus crisis periódicas, relacionadas con la actual revolución

tecnológica, que deterioró seriamente el empleo masculino. Ante los varones jóvenes fragilizados y las amenazas contemporáneas de exclusión social, muchas mujeres aceptan estas nuevas modalidades de uniones intergeneracionales.

Los varones por su parte, padecen otra clase de malestar, ligada con su tradicional sensibilidad ante las eventuales claudicaciones de la potencia eréctil. Si bien pueden resistir la presión de “viejismo” exhibiendo compañeras juveniles, les resulta más difícil hacer frente en la intimidad a las demandas de las mujeres jóvenes. La difusión del Sildenafil, recurso médico que no carece de contraindicaciones, evidencia esta situación.

Si bien la sexualidad y el amor constituyen aspectos de la existencia que resultan centrales para evaluar lo que se entiende por calidad de vida, no dan cuenta total de la situación de los sujetos.

La auto conservación, una motivación cuya importancia se ha reconocido en el psicoanálisis contemporáneo (Bleichmar, H. 1997), se relaciona con los recursos económicos de que dispone cada sujeto en nuestras sociedades fuertemente individualistas y competitivas. Respecto de esta cuestión, las mujeres que hoy son mayores se encuentran en una situación de notable desventaja (Freixas Farré, A.; 1997). Las que están en la tercera o cuarta edad, en muchos casos se han desempeñado como madres y amas de casa, y no han podido insertarse en el mercado laboral. Aquellas que sí lo han hecho, con frecuencia buscaron ocupaciones informales o de tiempo parcial, para hacerlas compatibles con el cuidado del hogar y de los hijos. Por lo tanto, no suelen disponer de recursos propios ni de un ingreso por jubilación. Esta situación se complica debido a que la dominación social masculina se paga con una disminución de la esperanza de vida de los hombres, que es un promedio de siete años menor que lo que se observa entre las mujeres. En tiempos premodernos la morbi-mortalidad materna era responsable de una menor esperanza de vida para las mujeres, pero una vez que la acumulación capitalista y el progreso médico han resuelto esa situación, encontramos que el stress que enfrentan los hombres en una sociedad individualista, competitiva y elitista afecta la duración de su ciclo vital. Esto ha generado en la cuarta edad del presente, una feminización significativa. Tenemos entonces muchas

mujeres viudas y pobres, que con frecuencia no cuentan con la asistencia, antes obligada, de los hijos u otros familiares, en un contexto donde los lazos de parentesco se han aflojado y las generaciones más jóvenes se han empobrecido en comparación con sus mayores, siguiendo el compás de las crisis periódicas del sistema capitalista. La instalación de un haber jubilatorio para las amas de casa, de reciente implementación en Argentina, se relaciona con este problema social, que posiblemente disminuya en las generaciones que envejecerán a futuro, ya que las mujeres, desde su juventud, se incorporan al mercado de modo creciente, dejando atrás la dependencia económica tradicional.

Si bien los roles maternales y domésticos han fragilizado económicamente a las mujeres, constituyen sin embargo un reservorio de autoestima, en tanto no caducan con los años, ya que es posible ejercerlos brindando cuidados a los hijos y a los nietos. En ese aspecto, las mujeres nunca están totalmente desocupadas. Pueden refugiarse en su rol doméstico cuando pierden su rol económico y compensar así de algún modo el duelo del retiro.

Los varones en cambio, son más vulnerables a la jubilación, que en muchos casos genera un profundo duelo. La identidad social masculina se construye sobre la base del trabajo; los hombres suelen presentarse ante los demás haciendo referencia a su ocupación, oficio o profesión. Hoy muchas mujeres también lo hacen, pero todavía su identidad se sustenta, al menos en parte, sobre la alianza conyugal, -que aún implica con frecuencia un cambio de apellido- y sobre la maternidad, una función social de innegable valor, que ha sido idealizada y a vez, desconocida.

Vemos entonces que en los adultos mayores, cuya subjetividad tiende a organizarse sobre el modelo generado en la división sexual del trabajo propia de la Modernidad media, ellas deben hacer el duelo por su belleza juvenil y soportan mayores privaciones económicas, pero disponen de roles familiares que no caducan y viven un tiempo más largo.

Ellos son más vulnerables en su salud, ya que mueren más jóvenes, y si bien gozan de mayores recursos, poder y prestigio, sufren dolorosamente las claudicaciones de la potencia sexual y el retiro laboral, ya que el trabajo es la base de su identidad y de su autoestima.

#### *IV-) Los lazos sociales*

A estas tendencias debe integrarse lo que se observa en términos de las relaciones sociales y amistosas entre pares.

Los roles femeninos al interior de la familia han estimulado el desarrollo de una aptitud vincular mayor entre las mujeres, al punto que su sí mismo ha sido caracterizado como un “ser-en-relación” (Baker Miller, J.; 1992). Esto favorece que establezcan redes sociales entre amigas, y que compensen de algún modo la ausencia de los varones, ya sea debida al divorcio o a la viudez, mediante salidas, encuentros y viajes entre mujeres. Esta tendencia se observa con mayor facilidad en los sectores medios, pero incluso las mujeres de sectores populares, mucho más oprimidas, logran crear redes sociales sobre la base de la lucha por subsistir.

Los hombres son generalmente menos aptos para el despliegue de relaciones amistosas, en parte por su dedicación completa al trabajo y también debido a la feroz competencia que existe entre ellos, ya que luchan por el prestigio de modo constante (Tannen, D.; 1991). Esto no excluye la existencia de afectos entre pares y de relaciones masculinas de solidaridad, pero la sexualización que los varones suelen desplegar en los vínculos, genera temores homofóbicos que dificultan salidas o viajes entre amigos. Recurren entonces a la búsqueda de compañeras más jóvenes, que les resulta facilitada debido a su mayor poder y prestigio social y al hecho de que demandan menos de una relación de intimidad. Los requerimientos emocionales de las mujeres duelen aumentar con la edad, mientras que muchos varones se conforman con relaciones menos complejas y comprometidas, aceptando tener más que compañeras, acompañantes.

#### *V-) La soledad en la edad madura*

En términos generales, los varones tienden a luchar por mantenerse sexualmente activos, y esto no obedece a una perentoriedad comparativamente mayor del deseo erótico sino al hecho de que el ejercicio de la sexualidad masculina está fuertemente narcisizado, en tanto se considera como un emblema del dominio.

Las mujeres toleran mejor las situaciones de abstinencia y privación sexual. Esto ocurre por diversos motivos. Existe una inhibición ancestral de la



sexualidad femenina, tendiente a favorecer la fidelidad, o sea, la “pertenencia” de las mujeres a sus maridos. Si bien esta situación tiende a perder efectividad, todavía está vigente en las generaciones mayores. La sexualidad es una actividad poco narcisizada para las mujeres (Dio Bleichmar, E.; 1995). El temor a la censura opera como un eficaz agente disuasivo, al menos en la actual generación de mujeres mayores. Habitadas a asumir la postura de objetos deseados, más que a ubicarse como sujetos deseantes, son muy sensibles al deterioro de su capacidad de suscitar deseo, y se repliegan para evitar rechazos. Al mismo tiempo, existe entre las mujeres una mayor facilidad para sublimar la sexualidad y para transformarla en ternura, destinada a las amistades y hacia los hijos y nietos. Esto no debe entenderse solo como el efecto de las inhibiciones que efectivamente padecen, sino también como el producto de una aptitud vincular más refinada.

Finalmente, esta tendencia se explica porque deben hacer de necesidad virtud. Los varones no desean a las mujeres mayores, y mueren antes. En la actualidad hay en el mundo 328 millones de mujeres de 60, y más años y sólo 265 millones de hombres (Huenchuan, S.; 2009). Por lo tanto, la renuncia a la actividad heterosexual se impone para muchas mujeres, que logran auto sostenerse sin involucrarse en relaciones adictivas, y establecen redes afectivas que las contienen.

La soledad, una condición social que en otros tiempos llegó a ser peligrosa para las mujeres, hoy en día ha adquirido un estatuto más dignificado. Si bien en algunos casos evidencia ciertas dificultades para relacionarse, en la edad madura puede manifestar el logro una integridad del self establecida a lo largo del ciclo vital, que permite desplegar una intensa vida interior, intereses y amistades. De hecho, los hogares unipersonales constituyen una tendencia mundial en ascenso y en buena medida están habitados por varones jóvenes y por mujeres maduras (Wainerman, 2002).

Los individuos postmodernos, muy alejados de la masificación subjetiva corriente en otros tiempos, no se conforman con relaciones “como sí”, que cumplan con el propósito de generar una imagen adaptada a las expectativas del entorno. Hay más personas que viven solas, incluso en edades juveniles, porque se demanda más de los vínculos. Existe una creciente selectividad, y la vida individual es una opción que hoy no asusta (Irigoyen, M. F.; 2008). En ese

contexto, las mujeres mayores, independientes y a la vez conectadas, transcurren en ocasiones por un período de su ciclo vital donde disfrutan de la autonomía.

#### *VI-) La abuelidad y la construcción de un sí mismo plural*

En este panorama de las formas en que mujeres y varones transitamos de modo similar y a la vez, diferente, la tercera y cuarta edad, el ejercicio de la abuelidad es una referencia obligada. Así como la importancia subjetiva del rol materno no es aún comparable con la del rol paterno, vemos que en las generaciones mayores el compromiso emocional y práctico de las abuelas con sus nietos suele exceder en mucho lo que se observa entre los abuelos. Es probable que esta tendencia se revierta, ya que los varones jóvenes que hoy integran el sector de los “nuevos padres”, serán, cuando llegue su tiempo, también “nuevos abuelos”. Sin embargo, los que hoy son mayores, difieren de las mujeres en cuanto a la importancia que asignan al vínculo amoroso con los niños y los jóvenes. Esa relación es, sin embargo, de gran valor para los mayores. A medida que pasa el tiempo, el Yo, esa trabajosa construcción ilusoria y al mismo tiempo real, tiende a ser desinvertido, en un trabajo de duelo anticipado mediante el cual nos preparamos para la muerte. En el Medioevo se aludía sin pudor a la preparación para el “bien morir”, mientras que hoy la referencia a la muerte parece proscrita, en el contexto de una cultura elitista y omnipotente. He tenido ocasión de observar (Meler, 2001), que aún las publicaciones profesionales sobre el tema de la vejez, están atravesadas por un clima hipomaniaco donde se enfatiza la posibilidad de sostener la sexualidad hasta edades avanzadas, y desplegar aptitudes laborales y creativas. Esto no deja de ser cierto, pero es necesario encuadrarlo en el reconocimiento de la efectiva disminución del deseo erótico y la progresiva atrofia de los genitales, que hace recomendables como opción, modalidades no coitales de intercambio genital. En este aspecto la ilusión viril también crea dificultades evitables, en tanto muchos varones al percibir las frecuentes señales de impotencia eréctil, optan por auto medicarse con el consiguiente riesgo cardíaco, o por clausurar la sexualidad para no exponerse al fracaso. John Moore (1994) ha abogado por modalidades eróticas que me han parecido semejantes a lo que reportan las parejas lesbianas (Meler, 2000),

lo que sugiere que se produce una moderación de la masculinidad hegemónica durante el proceso de envejecer.

En términos generales, a medida que pasa el tiempo, se observa un proceso de disminución de la polaridad entre los géneros. Esto ocurre hoy a lo largo de todo el ciclo vital, en tanto la inserción laboral contemporánea de las mujeres, asemeja sus estilos de vida a la experiencia masculina. En especial, en la tercera edad, las mujeres logran un mayor aplomo y desarrollan sus aptitudes vinculadas con el liderazgo, mientras que los hombres moderan sus tendencias dominantes. Este es un buen momento del ciclo vital para que se produzca un acercamiento en las parejas estables, que deberá fundarse sobre bases alternativas al contrato tradicional.

La negación maníaca del envejecimiento no impide que se desarrolle un proceso de desinversión narcisista del sí mismo, y que este sea, según considero, saludable. La desinversión gradual y parcial del *self*, se facilita en tanto se invierten con amor las nuevas generaciones. No se trata de una renuncia melancólica, sino de reemplazo gradual del Yo por el “nosotros”, representación subjetiva que permite reconocer que la individualidad aislada es una ilusión, y que somos seres en cierto modo, condenados a la vinculación.

### *Bibliografía*

Baker Miller, Jean: (1992) *Hacia una nueva psicología de la mujer*, Barcelona, Paidós.

Bleichmar, Hugo: (1997), *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós.

Bourdieu, Pierre: (1998) *La dominación masculina*, París, Seuil.

Butler, R. (1969): “Ageism: Another form of bigotry”, *The Gerontologist* 9, pág: 243-246.

Dio Bleichmar, Emilce: (1995) *El feminismo espontáneo de la histeria*, Madrid, Adotraf.

Freixas Farré, Ana: (1997) “Envejecimiento y género: otras perspectivas necesarias”, *Anuario de Psicología*, Universidad de Córdoba, España.

Freud, Sigmund: (1908) “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

Hirigoyen, Marie France: (2008) *Las nuevas soledades*, Barcelona, Paidós.

- Huenchuan, Sandra (editora): (2009) *Envejecimiento, derechos humanos y políticas públicas*, CEPAL, Santiago de Chile.
- Lerner, Gerda: (1990) *La creación del patriarcado*, Barcelona, Crítica.
- Meler, Irene: (2000) "La sexualidad masculina. Un estudio psicoanalítico", en *Varones. Género y subjetividad masculina*, de Burin, M. y Meler, I.
- : (2001) Ponencia: "Aportes del enfoque de psicoanalítico de género para la comprensión del proceso de envejecimiento", *VI Jornada de Psicología de la Vejez: Envejecimiento y vejez. Procesos intra e intersubjetivos*. Cátedra Psicología de la Tercera Edad y Vejez, Secretaría de Extensión Universitaria Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología.
- : (2007) "Mujeres, varones y salud mental. El enfoque psicoanalítico y los aportes de los estudios de Género", en *Miradas sobre género. Aportes desde el conocimiento*, Leonor Oliva y Nelly Mainiero, (comps.), San Luis: Universidad Nacional de San Luis, Facultad de Ciencias Humanas, Secretaría de Extensión.
- Money, John: (1955) *Desarrollo de la sexualidad humana*, Madrid: Morata, 1982.
- Moore, John: (1994) *Y ¿qué pasa con los hombres?*, Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Salvarezza, Leopoldo (compilador: (1998): "Fausto, Miguel Strogoff y los viejos. A propósito de la construcción del imaginario social sobre la vejez", en *La Vejez. Una mirada gerontológica actual*, Buenos Aires: Paidós.
- Tannen, Deborah: (1991) *Tú no me entiendes*, Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- Wainerman, Catalina (comp.): (2002) *Familia, trabajo y género*, Buenos Aires: UNICEF/Fondo de Cultura Económica.